

cuya personalidad se delinea, característicamente, como la encarnación de la raza: «Margarita era noble, pero impotente; soñaba con volar, pero eran débiles sus alas; sentía la atracción de todo lo grande, pero no podía ejecutar ni lo pequeño; bogaba siempre entre dos ideas, sin resolución para echarse en brazos de una y consagrarle todas sus energías.» Así formada, Margarita es el producto natural del ambiente creado por la civilización humanista en la vieja Europa, cuya decadencia una sagaz y valiente pluma ha dibujado después con negros colores; tal como Emma en el nuevo mundo, Margarita cobra también valor de símbolo en aquel continente gastado, donde el valor de los músculos se disuelve al parecer en una nimia labor de refinamiento, lo que desde luego entraña un punto de analogía con el legendario imperio celeste, bien conocido por su lenta declinación en la historia de las civilizaciones. Nacido en América, educado en Europa, el Dr. Escalante, todo confuso y perplejo, se siente ahora, falto de voluntad, como si estuviese a merced de esas dos poderosas atracciones femeninas, cada una de las cuales, en lo que a su representación teórica incumbe, brega silenciosamente por hacer triunfar en el espíritu conturbado del joven las normas que imprimen dirección a la actividad de la raza, en un trágico pique de supremacía; planteado el conflicto entre dos términos que no ofrecen posibilidad de conciliación, el Dr. Escalante observa con desánimo que su voluntad, dominada, por fin, cede a la influencia de la joven criolla, en quien ha encarnado, como expresión de los tiempos, ese espécimen de mujer modernizada por toques de cultura que, sin quitarle encantos inherentes a la femineidad, desarrolla en ella aptitudes de dominio que hasta no ha mucho tuvieron por cosa extraña a los miramientos de su condición; este triunfo de la mujer moderna denuncia, por otra parte, en el hombre de nuestros días, cada vez menos romántico, como efecto de las ordalias a que lo somete el rudo vivir, un endurecimiento de la sensibilidad, que, con agrado en que hay algo de voluptuoso, reacciona dócilmente bajo los estímulos de la fuerza, cuando la fuerza atrae y sojuzga con mimo en que se encubre todo intento de dominación, siempre ocasionado a rebeldías, en haciéndose sentir. El conflicto queda de ese modo resuelto con el triunfo de Emma; es decir, de la civilización tecnológica, que ella simboliza; el Dr. Escalante comprende, no sin dolor, y no sin rabia, también, que en él se cumple, como por obra de irremediable fatalidad, el proceso de asimilación bajo el cual pierde su carácter étnico la gente indoespañola cuando entra en contacto con aquel pueblo del Norte que hace por todo el mundo vigorosa labor de conquista; la idea que aquí me propongo expresar se traduce mejor a través de este simple y gastado lugar común, — «conquista de progreso»; porque, efectivamente, mediante empresas de este orden es cómo ese pueblo tiende a asegurarse predominio mundial, a cuyo fin cuenta con dos elementos inapreciables y que

emplea sin escrúpulo y sin medida,—la audacia y el oro. Sin embargo, el Dr. Escalante no se amaña, así como así, a un orden de ideas y de cosas que, en cuanto tiene de esencial, choca con su origen, con su temperamento y con su educación: en él, el ansia de integridad rehúsa someter los propios valores a la supremacía presuntuosa de supuestas o posibles superioridades; sostiene una lucha heroica por mantener en toda su prístina pureza los atributos históricos de su personalidad; pero ese esfuerzo es inútil: el ambiente exótico en que vive descubre en torno suyo horizontes hacia los cuales hay que ir resueltamente en persecución de halagüeñas posibilidades; un sensualismo codicioso mueve en él ahora los resortes de la acción; en su fisonomía moral apuntan ya ciertos caracteres que corresponden a la filiación del tipo saxoamericano, muy otro, váyase esta observación por vía de paréntesis, de lo que supone la raza anglosajona. Vencido, anonadado, el Dr. Escalante piensa entonces en morir: sólo en el seno piadoso de la muerte encontrará refugio y defensa contra el poder que lo domina con el sortilegio de una fascinación humillante y contra la cual hace ya tiempo lucha en vano; está decidido: debe morir. Un día, que paseaba a caballo, «alcanzó a divisar, allá, en los confines del valle, pequeño, como una hormiga, un tren que se encaminaba al muelle de San Rafael». «El tren avanzaba con asombrosa rapidez». «Julio se aseguró en la montura, como lo hubiera hecho un caballero medioeval en un torneo, antes de lanzarse sobre su contendiente; clavó al potro las espuelas y, sobre el camino férreo, a galope tendido, fuese al en-

cuentro del tren». «El tren y el potro corrían velozmente: la hora de encontrarse no se hizo esperar». «El encuentro fué inevitable; caballo y caballero, arrojados por la gran mole de hierro, rodaron juntos sobre las bruñidas cintas de los rieles; después, entre el traquetear de los carros, los suspiros del vapor y el metálico ruido de las ruedas, se oyó un crujir de huesos y el ahogado relincho de un caballo». Así sucumba, triturado atrozmente por una máquina de progreso, ese fiel, pero desencantado representante de la raza latina. No doy aquí un resumen de la novela hace cosa de treinta años publicada por Soto Hall entre nosotros; tan sólo doy una idea: eso fué lo que me propuse, a lo menos; pero aun así, puede que algún suspicaz crea descubrir en éste o en aquel otro trazo una dolorosa prognosis de pesimismo, si se considera, según como allí aparece, que a la americanización del país el pueblo criollo no opuso la resistencia que convenía a la gravedad de la circunstancia; efectivamente, el pueblo criollo mostró, antes bien, cierta ductilidad para acomodarse a las condiciones de existencia que establecía el orden de cosas creado por la apertura del canal; pero conviene advertir ahora, como explicación del problema, que si el pueblo nativo se transformaba, en cuanto concierne a su índole, con arreglo a exótico dechado, esto ocurría porque en él se agitaba una virtualidad sensible por naturaleza a acuciosas y laudables emulaciones; prácticamente, patentizábase en él la posesión de esa virtud al poner en uso los métodos de trabajo con que la raza invasora se aseguraba el éxito en todas

Hoja de album

Para la Sra. *Hipatia Cárdenas de Bustamante.*

La romántica flor de la osadía
que cultivó Manuela Cañizares;
Mariana de Jesús: melancolía
de un católico ramo de azahares

se apaciguaron en el valle quieto
que atenúa el fulgor del infinito:
—cilicio de azucenas o triunfante amuleto—
trenzados con las rosas o los nardos de Quito.

...En un eco muriente se fué el romance viejo
y aunque duerme en la piedra de las cruces
la insinuante parábola de Espejo
despierta con las nuevas y deslaidadas luces
en que refleja el similor la ausencia
del iris limpio en la jornada brava...
¡Y la piedra se siembra en la paciencia
de un silencio de esclava!

Para el camino del instante pobre
no hay valor de mujer que subyugue y encante:
la palabra es de cobre
y el corazón del hombre un niño agonizante!

Vivo milagro evocador su huella.
Y en el valle en que nacen los silencios tenaces
júbilo claro de animación su estrella

y sobre el alabastro romántico, la bella
caricia de sus manos eficaces!

Por su memoria fulgurante pasa
una memoria en contraluz de olvido:
tiene el fervor de Aspasia
y el poético ensueño enternecido.

Sabe olvidar el frívolo contorno
pero la imagen noble, fija, intacta y durable.
Su verdad se refleja, sin adorno,
sobre su corazón, recuerdo perdurable.

Pudo atizar un fuego de heroísmo
o ser la animadora
de inigualado madrigal que borde
en un lienzo de otoño con hilos de la aurora.
Se hacen de ritmo acorde
su ánimo sobrio y su dulce lirismo:
Encendería el cirio del retablo
donde se apagan místicos amores,
tejería laureles,
para la gloria de los vencedores.
Hiriera su venablo...
No escapará de la mejor semblanza.
En el espejo de sus ojos fieles
clara imagen alcanza
su alma: un anhelo vivo de infinito
fragante de las rosas y los nardos de Quito.

Augusto Arias

Quito, Ecuador.

(Envío del autor.)